

## LOCURA INCOMPRENDIDA de Marcos Carrizo Pérez

---

### BEATRIZ SIERRA

La orden de su jefe es su mayor prioridad.

Centrada en esto, Beatriz no deja de correr. Le duele la herida del brazo, pero aguanta con fuerza. Por suerte, el golpe en la cara ya no le duele tanto y vuelve a sentirse un poco más orientada.

—Por favor, Lucas —escucha que dice alguien.

Al escuchar ese nombre, entiende dónde está su objetivo. Corre hacia donde lo ha escuchado. De pronto, un fuerte sonido resuena, pillándola por sorpresa. Parece que algo ha caído con fuerza al suelo. Trata de no desconcentrarse. Cuando parece que ya no va a encontrar al paciente fugado, pasa por delante de un pasillo en el que se encuentran su objetivo y el psiquiatra de este. Con rapidez, se introduce en el largo corredor. No puede evitar mirar, fugazmente, los muertos que hay en el suelo. Hay sangre esparcida por todos lados. Sin embargo, se concentra en lo que tiene que hacer. Sujeta con fuerza la jeringuilla y se abalanza sobre Lucas. Antes de inyectarle el suero al chico, aparta de su camino al doctor Navarro para poder realizar mejor su misión. Su mirada se cruza con la de Lucas.

Lo siguiente que hace es clavarle la aguja en el cuello introduciendo, con rapidez, el calmante. Sabe lo que va a ocurrir ahora. Con estos pensamientos en mente, ve como el cuerpo de Lucas se desploma en el suelo.

### LUCAS ROBLES

Se mira en el reflejo del espejo. Sonríe siniestramente comenzando a reír con fuerza. Su risa retumba por toda su habitación. El lugar, que solo tiene una cama a un lado y un espejo al otro, se llena de su siniestra risa. De pronto, alguien da un fuerte golpe al otro lado de la puerta.

—¡Silencio! —se escucha, haciendo que Lucas deje de reír.

Este cierra el puño. Sin dudar, golpea el espejo. Lo hace con tanta fuerza que este se rompe. Pequeños trozos caen al suelo.

—¿Qué haces?! —la mujer encargada de vigilarlo entra, entonces, en su cuarto.

Lo más interesante es que, al entrar, no ha cerrado la puerta. Lucas sonríe y se abalanza sobre ella. Con un trozo de cristal en la mano, le hace una herida en el brazo. La mujer se tapa la herida sangrante y Lucas aprovecha la confusión para pegarle un puñetazo

en la cara. Esta cae al suelo desorientada. Libertad, es lo único en lo que piensa Lucas.

Sale corriendo hacia la puerta al tener a su rival abatida. Respira al estar fuera y sonrío. Mira fijamente a la vigilante y, antes de que esta pueda decir nada, Lucas sale corriendo, saboreando su libertad. Sin embargo, su huida se pone en peligro cuando la alarma del psiquiátrico se activa.

—Mierda —acelera el paso buscando una salida porque ya le están buscando.

De repente, al final del pasillo, aparecen varios guardias con porras en las manos. Están preparados para luchar. Lucas ríe sin preocuparse ya de que le descubran. Al fin y al cabo, ya le han encontrado.

## ÁNGEL NAVARRO

Ángel corre casi sin pensar por dónde ir. Solo quiere saber qué ha pasado. Teme que el aviso a través de la alarma tenga que ver con Lucas, su paciente.

—Por favor, Lucas, dime que no has hecho nada —tras varias sesiones hablando con él, estaba empezando a entenderle mejor—. Sé que puedo ayudarte.

De pronto, se para en seco. La escena que se encuentra ante sus ojos le deja perplejo. Solo ve muerte y sangre. Los cuerpos ensangrentados son como un mosaico que decoran el color blanco que envuelve la escena.

—Te dije que me acabarías viendo como un monstruo —la voz de Lucas resuena con reproche.

Ángel alza la mirada y, al final del pasillo, más allá de los cuerpos inertes, se encuentra con él, que sostiene una porra ensangrentada.

—¿Qué has hecho? —Ángel no puede evitar temblar.

—Yo solo quiero ser libre, Ángel —pronuncia su nombre de tal manera que al doctor le produce escalofríos—. Todos los que se interponen en mi camino tienen que pagar el precio de meterse en los asuntos de otros —la mirada del joven muestra una mezcla de emociones que aterrorizan a Ángel.

—Lucas, esto está mal.

—¡También está mal encerrarme! —le grita, cosa que hace que Ángel tenga un espasmo cargado de miedo—. Y, sin embargo, lo habéis hecho. ¡Me habéis mantenido encerrado!

—¿Y por qué no escapaste mucho antes, Lucas? ¿Qué ha cambiado desde que te internaron? —quiere saber Ángel, entablando una conversación.

—Tú eres la pieza que lo ha cambiado todo —el psiquiatra no lo entiende—. He tenido muchos doctores y todos acabaron rindiéndose porque no podían conmigo. Sin embargo, tú no te has rendido. Y no quiero... —no acaba la frase.

—Tienes miedo de que consiga ayudarte, ¿verdad? —comienza a entender.

—¡No quiero que me ayudes!

Ángel lo comprende. Él ha sido el único psiquiatra que se ha mantenido firme ante tal reto. Lucas se ha dado cuenta de que él no se ha rendido como el resto y eso le atemoriza, ya que puede significar que consiga averiguar más de lo que Lucas quiere que sepa.

—¿Y por qué no quieres que te ayude?

—Porque eso significaría que de verdad estoy enfermo. ¡Y no lo estoy!

Ángel se percata del debate interior que está teniendo el joven.

—Escúchame —le dice el doctor—. Eso no es algo malo. Ven conmigo, Lucas. Juntos podemos hacer que todo mejore, ¿vale? —Ángel estira su brazo y expone su mano, esperando que sea bien recibida—. Por favor, Lucas —le pide.

El joven no se mueve. Al menos, hasta que deja caer la porra al suelo generando un fuerte sonido. Entonces, comienza a dar pasos breves. Poco a poco, se va acercando a su psiquiatra. Cuando ya solo quedan unos pocos pasos, Ángel le sonrío. Antes de que pueda decir nada, el doctor se percata de que Lucas deja de mirarle a los ojos y se centra en algo que está ocurriendo detrás del propio doctor.

Alguien empuja a Ángel con fuerza y este cae al suelo. Sin embargo, esto no le impide ver como, de pronto, una vigilante se abalanza sobre Lucas y le inyecta en el cuello un suero calmante. El cuerpo de Lucas comienza a debilitarse. Entonces, este cae al suelo al no poder mantenerse en pie. Ángel se acerca a Lucas, arrastrándose por el suelo. Le mira a los ojos y, luego, mira a la mujer que le ha inyectado el calmante. En su mirada, Ángel diferencia que la vigilante esconde algo. Mira la jeringuilla que esta aún sostiene en la mano y, entonces, una idea le viene a la cabeza. Esta opción se confirma cuando vuelve a posar su mirada en Lucas y se percata de que este ya no se mueve ni un poco.

—Lo siento —Ángel, al mirar hacia atrás, ve al director.

—¿Por qué?

—Había perdido toda esperanza en él. El hecho de que escape no se podía volver a repetir y, para ello, solo había una solución. Además, después de ver lo que ha hecho, me alegro de la decisión que he tomado. Era un peligro.

—¡Pero podía ayudarlo! —le grita Ángel.

—Todos decían lo mismo —esta frase le cae al psiquiatra como un jarro de agua fría.

Ángel no dice nada más. Mira a Lucas y ve como este yace sin vida. Su cuerpo se camufla entre el resto de muertos del pasillo. Lloro su muerte con dolorosas lágrimas.

—Lo siento, Lucas —le envía sus pensamientos, a pesar de que sabe que no le escucha—. Siento haberte fallado.

## **LUCAS ROBLES**

Con rapidez, se abalanza sobre los guardias armados. Sin embargo, él también tiene un arma: el cristal afilado. Los vigilantes se acercan a él, tratando de derribarlo a golpes, pero no pueden. Lucas es ágil y veloz. El joven esquiva uno de los movimientos de un guardia y le hace una profunda herida en el estómago a su rival. La raja no tarda en expulsar sangre a gran velocidad.

Lucas sonríe.

Lo siguiente que hace es agarrar la porra del recién caído. Deja el cristal en el suelo y agarra con fuerza su nueva arma. Con esta en la mano, se abalanza sobre sus otros enemigos. Sin esconder sus instintos salvajes, da duros golpes a los que le intentan parar los pies. Es capaz de esquivar los movimientos de los guardias. Concentrándose en matar, deja que la porra choque contra la piel de los vigilantes. Estos van cayendo abatidos y, si se vuelven a levantar, Lucas se encarga de rematarlos. Golpea con fuerza en la cabeza al último que queda en pie. Este cae al suelo con dolor.

—Muere... —es lo último que escucha el hombre antes de recibir salvajes golpes en la cabeza hasta que la porra se mancha de sangre.

Con el sonido de la alarma de fondo, Lucas respira tratando de recuperar el aliento. Mirando a su alrededor, se da cuenta del festival sangriento que ha dejado tras sus actos.

## **ÁNGEL NAVARRO**

A través del cristal superior de la puerta, puede ver a Lucas sentado en una silla blanca. Esta es del mismo color que la habitación que se encuentra al otro lado de la puerta. Ángel respira hondo y, con una carpeta abrazada a su cuerpo, accede al gran cuarto que no tiene ningún tipo de decoración. Tras él, la entrada se cierra dejándole allí solo con su joven paciente, que no es más que un adolescente.

—Hola, Lucas —el chico ni le mira, mantiene su mirada baja—. Voy a ser tu nuevo doctor, ¿vale?

A pesar de tener solo dieciséis años, Ángel nota como su mirada esconde una gran madurez. Desgraciadamente, un paciente de un psiquiátrico con mucha madurez puede ser muy peligroso.

—Aunque me llamen doctor Navarro, me puedes llamar Ángel —se acerca lentamente hacia la silla vacía que se sitúa enfrente del joven.

Al sentarse, toma con cautela su carpeta y, apoyándola en sus rodillas, la abre dejando ver varios papeles. En ellos lee: "Lucas Robles, dieciséis años". Sin duda, esos son simplemente sus datos. Al psiquiatra le llama la atención lo que pone más abajo: "PELIGROSO".

—Muy bien. Estoy aquí para ayudarte, ¿entendido? No tengo intención de hacerte daño —le mira, aunque el otro no le corresponde con la mirada.

—Me ves como un monstruo, ¿verdad? —por primera vez, eleva la cabeza y sus ojos se cruzan.

—Claro que no —le dice Ángel.

—Pues me acabarás viendo como tal.

—No es cierto —el paciente vacila—. Sé que has sufrido mucho. Sé que han pasado cosas muy malas, pero para eso estoy aquí. Para ayudarte.

—Todos me ven como un monstruo. Tú no eres la excepción, Ángel. No lo eres —dice su nombre con frialdad y Ángel suspira.

—Lucas...

—¡No te creas diferente! —le grita—. ¡Eres como los demás! —comienza a tener un ataque de ira.

Se revuelve en la silla con fuerza. Cuando parece que se va a abalanzar sobre Ángel, entra una vigilante y, con rapidez, se acerca a Lucas y le inyecta un suero en el cuello, que funciona como un calmante. Poco a poco, Lucas va tranquilizándose. Ángel nota cómo el cuerpo del joven parece volverse débil.

—Eres como los demás... —susurra Lucas con dificultad.

Ángel contempla al adolescente. No puede evitar cerrar los ojos para no ver la escena. La vigilante se lleva al paciente como si fuera un objeto. Este no puede moverse.

—Ya te dije que iba a ser una tarea difícil —el director del psiquiátrico se acerca a Ángel y pone una mano sobre su hombro, dándole apoyo.

—Aunque sea difícil, voy a seguir.

—Así me gusta, doctor Navarro —le sonrío, mientras el hombre se sienta en la silla en la que estaba Lucas y mira fijamente a Ángel.

—Tranquilo. Lo que contenía la inyección es solo un calmante —Ángel ya se lo imaginaba—. No es dañino si se pone en pequeñas dosis. Lo único que hace es relajar el cuerpo para que no puedan moverse mucho los pacientes. Así es todo más fácil.

—¿Has dicho que no es dañino en pequeñas dosis? ¿Es peligroso si se inyecta más de la cuenta?

—Claro. Tenemos las medidas perfectamente establecidas para que el suero realice su función sin causar daño alguno al que se le inyecta. Sin embargo, una dosis demasiado alta puede generar la muerte. Al fin y al cabo, es como una sobredosis. Es una sustancia a la que el cuerpo no debería estar sometido.

—Entiendo —la palabra “sobredosis” surca su mente una y otra vez.

—Bueno, doctor Navarro, ya has visto lo que te espera. Mucha suerte.

Al decir esto, el director, de avanzada edad, se levanta y se marcha, dejándole solo

en el cuarto. Ángel se queda allí sentado. No puede evitar pensar en lo que acaba de pasar y en todo el trabajo que tiene por delante.

## **BEATRIZ SIERRA**

Beatriz siente un fuerte dolor en el brazo, pero también en el rostro. La herida sangrante y el puñetazo recibido le han dejado desorientada. Con dificultad, ve como Lucas, el joven al que tenía que vigilar, se marcha con rapidez, escapando de las garras de esta.

—Es rápido —sentencia—. Y fuerte —no duda en añadir.

Saca la conclusión de que el hecho de tener sus instintos salvajes tan activos, hace que no tenga piedad y que explote sus habilidades al máximo, sin que su propia mente le ponga límites.

Se levanta del suelo con lentitud y, una vez que siente que ya no se marea, sale del cuarto. Ya en el pasillo, visualiza el botón de alarma protegido por un cristal que se encuentra bastante cerca. No duda en ir a activarla.

—Tengo que avisar de que ha escapado —es su único objetivo en ese momento.

Levanta el cristal protector y lo pulsa con firmeza. En menos de lo que tarda en suspirar, un sonido estridente comienza a sonar.

—Ya está activada —parece respirar aliviada.

Se sienta en el suelo y deja que sus energías se vayan recobrando poco a poco. El fuerte golpe de Lucas le ha afectado más de lo que creía.

—¿Qué ha pasado? —escucha una voz que le habla directamente.

Al girarse, ve al director del psiquiátrico, que mira la habitación vacía del paciente.

—Ha escapado —es lo único que dice.

—Me lo imaginaba. Cuando he escuchado la alarma, he salido corriendo para saber qué ocurría. Te he encontrado aquí tirada. ¿Estás bien? —ella asiente—. ¿Crees que puedes ayudarme en una cosa? —esta le mira con curiosidad.

—Creo que sí.

—Bien. Necesito que me ayudes a pararle los pies a Lucas. Y, esta vez, de verdad.

—¿En qué sentido?

El director no dice nada. Entonces, Beatriz lo entiende.

—¿Seguro?

—Sí —asiente el otro.

Beatriz le corresponde con un gesto afirmativo de cabeza. El hombre le ofrece algo que tiene en la mano. La mujer se levanta y, sin decir nada más, coge la jeringuilla que contiene el calmante. Lo primero que llama su atención es que la dosis es mayor de la permitida.

Ya sabe lo que eso significa.

—¿Una sobredosis?

—Una sobredosis —sentencia el director.